

CIRCO M.R.T. Coop. Calle Artistas n°59, 28020 MADRID. Editado por: Luis M. Mansilla, Luis Rojo y Emilio Tuñón.  
... Y aquí acaba la colaboración de Arabella Masson!

Ilustración de la primera página: Gran Plaza de Monte Albán, México. Csaba Tarsoly, 7 de marzo de 2010.

2010. 166  
LA CASA DEL AIRE

CIRCO

COMO UN AMOR DE VERANO  
NOTAS SOBRE UN VIAJE DESCONCERTANTE A MÉXICO

ARABELLA MASSON Y CSABA TARSOLY



El día que visitamos Monte Albán llegamos muy temprano, una mañana de principios de marzo. Bajo un cielo primitivo, el sol dibujaba largas sombras en el pasto amarillo. Monte Albán. Aquí, hace dos mil quinientos años, el gobernador zapoteca decidió arrasar la cima de una montaña para construir su ciudad. Miles de metros cúbicos de material extraídos, desplazados. ¿Cómo se habrá expresado para comunicar su visión aplastante, persuadir a sus hombres de llevar a cabo semejante labor? ¿"Venga, señores, aplanad esta montaña, que va a quedar muy *lindo*"? En un mundo acostumbrado a cohabitar con la magia, en una sociedad con valores de ética compartidos o impuestos, los largos discursos probablemente no eran indispensables para motivar a las multitudes. La espalda doblada bajo el sol calcinante, los obreros del gobernador zapoteca, esclavos probablemente, no hacían preguntas.

Semanas después de nuestra visita, cuando buscábamos en nuestro pobre castellano adjetivos apropiados para describir nuestras emociones, nuestras caras un poco "así" a la vista de esta maravilla, nuestro interlocutor, un eminente arquitecto y profesor madrileño, nos interrumpiría: "No, no... perdón, chicos, Monte Albán es: *a-co-jo-nan-te*."

El sol sube y hacemos camino. Pronto nos damos cuenta de que no estamos solos. Un tercer hombre anda delante de nosotros. Un misterioso visitante en impecable traje-corbata negro. Todo en él evoca otro *décor*, como un actor que se hubiera equivocado de escenario; sus vestidos, el ritmo de sus pasos, su andar de urbanita saliendo de un consejo de administración o de un *Starbucks*.

Con la guía en la mano, el hombre de traje-corbata negro por delante, subimos hacia la cima de la Colina de Jaguar, 400 metros por encima del Valle de Oaxaca. Habitualmente en estos picos privilegiados uno suele contemplar el entorno. En Monte Albán sin embargo, la situación se invierte, uno se sumerge hacía la meseta absolutamente horizontal del sitio.

El hombre de traje-corbata negro desaparece detrás de los últimos peldaños escalados apresuradamente. Subimos detrás de él. Alcanzamos la gran plaza de Monte Albán. La inmediatez del espacio vacío se siente con una intensidad como en sólo pocas obras destacadas del hombre. Aquí todo es cielo eterno y tierra permanente. Excavando, los zapotecas se apoderaron de la tierra y se acercaron al cielo.

El hombre de traje-corbata negro no parece muy impresionado. Con gotas de sudor en su frente calva cruza la gran plaza de 300m de largo y 180m de ancho, pasando como una bola de billar de una pirámide a la otra.

Sin quererlo, representa para nosotros la escala humana, lo contemporáneo, lo percedero. Amplifica nuestra percepción de este gran vacío que genera los taludes haciéndoles formar un solo cuerpo con la montaña. Nos hace entender la espacialidad oscilante del sitio arqueológico, su gran fuerza, que no está en la arquitectura de sus edificios o en la ornamentación sofisticada de sus estelas, sino en este vacío que los elementos sólidos envuelven entre ellos.

Se acaba nuestra visita. Detrás de nosotros, Monte Albán vuelve a encerrar su misterio. El misterio tan presente, casi palpable, de este acojonante Monte Albán.

Versos de Salvatore Quasidomo rozan nuestra memoria, como pensados tanto para esclavos zapotecas como para señores de traje-corbata del siglo XXI:

*Cada uno está solo  
sobre el corazón de la tierra,  
traspasado por un rayo de sol,  
y enseguida anochece*

Allí está, como surgido del fondo de los tiempos, el hombre de traje-corbata negro. Está esperando a un taxi en medio de la nada.

Arabella Masson y Csaba Tarsoly, septiembre de 2010